

Eunica, á su lado te sentirías más joven y tendrías además una buena renta segura. He vendido á la pobre Eunica dos hilos de mi manto. ¡Qué inocente! Pues, á pesar de eso, si Petronio me la cediese, la aceptaría. ¡Sí, sí, Quilón; tú has perdido á tu padre y á tu madre! Eres un pobre huérfano: consuélate con una esclava. Pero es preciso ofrecerle un alojamiento: Vinicio debe pensar en procurárselo; necesitará también vestidos, y Vinicio los pagará; y además tendré que mantenerla..., á expensas de Vinicio. ¡Ay, qué vida más perra! ¿Dónde están aquellos tiempos en que se podía comprar por una moneda tanta carne de cerdo capado y tantas habas, que no cabían en una mano? Pero aquí está Esporo. En la taberna será más fácil saber algo.

Así, hablando consigo mismo, entró en el despacho y pidió un bocal de lo tinto. Observando cierta vacilación en el tabernero, sacó de la bolsa una moneda de oro, y echándola sobre la mesa, dijo:

— Hoy he trabajado con Séneca desde el alba hasta el mediodía, y esto es todo lo que me ha dado en recompensa.

Los ojos atónitos de Esporo se abrieron aún más ante la moneda y no tardó en presentarse el vino pedido. Quilón mojó en él un dedo, y después de dibujar un pez sobre la mesa, dijo:

— ¿Sabes lo que esto significa?

— ¿Un pez? Pues... un pez, ¡no hay duda!

— ¡Por mucha agua que echés en tu vino, es muy difícil que se críen peces en él, estúpido! Este es un símbolo que en el lenguaje filosófico significaría: la sonrisa de la Fortuna. Si tú lo hubieses adivinado, también hubieras hecho tu fortuna. Cultiva, pues, la filosofía: ¡recuérdalo! De lo contrario, cambiaré de taberna, como hace ya tiempo me aconseja Petronio, mi excelente amigo personal.

XIV

Después del precedente coloquio, Quilón no se dejó ver en algún tiempo. Vinicio, desde que tenía la seguridad del amor de Licia, estaba más anheloso de encontrarla y se entregó enteramente á su busca.

No consideraba oportuno dirigirse á César, estando Nerón en ansia perpetua por la vida de la enfermita.

De nada sirvieron los sacrificios y las rogativas en los templos, de nada el arte de los médicos, ni los exorcismos de los magos, á los cuales se recurrió para que no se dijese que no se había probado todo. Al cabo de una semana, la niña murió. La corte y Roma entera quedaron sumidas en el dolor más profundo.

El emperador, que pareció enloquecer de alegría cuando nació su hija, estaba loco de desesperación al verla morir. Se encerró en sus habitaciones, negándose durante dos días consecutivos á tomar alimento y á recibir á los senadores y cortesanos que iban á expresarle sus sentimientos de condolencia. El Senado se había reunido en sesión extraordinaria para acordar los honores que debían tributarse á la muerta. Se decidió erigirle un templo y destinar un sacerdote á su servicio. Se ofrecieron á los dioses muchos sacrificios y se fundieron estatuas de precioso metal. Los funerales fueron imponentes, y durante los mismos, el pueblo tuvo que afligirse ante las manifestaciones de paternal sentimiento de su emperador, y lloró con él, extendiendo las manos para obtener dádivas y gozando extraordinariamente á la vista de un espectáculo semejante. La muerte, en tales circunstancias, no pudo menos de impresionar á Petronio; toda Roma sabía que Popea la atribuía á influencias malignas, y en ello convenían también los médicos, justificando así la inutilidad de sus desvelos, y lo mismo hacían los sacerdotes, que en vano habían llevado sus sacrificios á los templos, y los magos, que temían por sus vidas. Petronio se alegraba de la fuga de Licia, pues era augurio de bien para él y Vinicio, y no lo era de mal para Aulo y Pomponia. Cuando se quitó el ciprés que se había expuesto en el Palatino en señal de luto, Petronio quiso visitar á César para observar si había dado crédito al rumor del sortilegio, y en caso afirmativo, evitar las posibles consecuencias.

Conocía á Nerón y sabía que no prestaba fe á las magias; pero era hombre capaz de fingir que creía en ellas, para dar cierto tono dramático á su dolor y encontrar una víctima expiatoria. Al mismo tiempo, esta farsa desvanecía las sospechas de que los dioses hubieran querido castigarle por sus delitos. Petronio no admitía que César pudiese amar verdaderamente ni á su misma criatura, y comprendía que exageraba su dolor: Nerón acogía con rostro inmóvil y mirada extraviada á los senadores y cortesanos, y no podía ocultarse que, si en realidad sufría, se dedicaba á observar la impresión que su dolor producía en los demás. Su semblante era la representación del de Niobe, y en él se leía el estudio para expresar el dolor paterno,

como lo hubiera hecho un comediante en la escena. Pero no resistía mucho tiempo en tal actitud de ser petrificado, y ora se mesaba los cabellos, ora lanzaba profundos suspiros. Cuando divisó á Petronio, se levantó y con tono trágico, de modo que todos pudieran oírlo, exclamó:

— ¿Eres tú? ¡Tú, culpable de su muerte! Por tu consejo el espíritu maligno penetró en esta morada, aquel espíritu maligno que con una sola mirada la mató. ¡Pobre de mí! ¡Ojalá mis ojos no se hubiesen abierto nunca á la luz! ¡Infeliz de mí!

Y alzando el tono de su voz, acabó por prorrumpir en desesperados gritos. Petronio decidió jugar su última carta; extendió las manos, y cogiendo el pañuelo de seda que Nerón llevaba siempre al cuello, tapó con él la boca al emperador, diciendo con solemnidad:

— ¡Torture tu dolor, con ansias de muerte, á Roma y al mundo entero; pero consérvanos tu voz, divino César!

Todos los circunstantes quedaron asombrados, y el mismo Nerón pareció atónito; sólo Petronio estaba sereno. Sabía que Terpno y Diodoro tenían el encargo de cerrar la boca del emperador cuando éste forzaba su voz, exponiéndola á grave peligro.

— ¡Oh César!, continuó con la misma gravedad, hemos sufrido una pérdida irreparable; séanos, por lo menos, conservada esta fuente de consuelo!

La fisonomía de Nerón se dulcificó y á sus ojos asomaron algunas lágrimas. Apoyó las manos sobre Petronio, inclinó la cabeza sobre su pecho y dijo, repetidamente, entre sollozos:

— ¡Tú solo, entre todos, has pensado en ello; tú solo, Petronio! ¡Tú solo!

Tigelino se puso amarillo de envidia; pero Petronio presiguió:

— ¿Por qué no vas á Anzio? Allí vió la luz, allí te invadió el gozo, y allí indudablemente encontrarás alivio. ¡Haz que tu garganta divina aspire el aire del mar, haz que tus pulmones se impregnen de las salinas exhalaciones! Nosotros, tus súbditos fieles, te seguiremos adonde vayas, y cuando nuestra amistad haya servido de alivio á tu dolor, tú nos consolarás con tu canto.

— ¡Es muy justo, muy justo!, respondió Nerón con aire de tristeza; quiero componer un himno en su honor y después cantarlo.

— Piensa en el hermoso sol que te espera en Baia. Y más tarde... el olvido en Grecia, en la patria de la poesía y del canto.

Y lentamente, como las nubes que velan el horizonte se rasgan abriendo paso á la luz solar, así el ánimo de Nerón fué serenándose, y se entabló una conversación que, aunque llena de melancolía, fué abundante en proyectos para lo futuro. Se habló de viajes, de exposiciones artísticas y de las fiestas solemnes con que debía celebrarse la llegada de Tiridates, rey de Armenia.

Tigelino se esforzaba por inculcar en el emperador la fe en los sortilegios; pero Petronio, seguro siempre de la victoria, recogió la provocación sin vacilar.

— ¡Tigelino!, preguntó. ¿Crees tú que los hechizos pueden perjudicar á los dioses?

— El mismo César, respondió el cortesano, es de esta opinión.

— Los dioses son demasiado poderosos para rendirse á los hechizos. ¿Te atreverías á negar á César y á su familia una esencia divina?

— *Peractum est!*, murmuró Epiro Marcelo, que estaba próximo á él, repitiendo el grito de alegría con que el pueblo acogía en el Anfiteatro la muerte de un gladiador.

Tigelino tuvo que sofocar su rabia. Entre él y Petronio existía, desde antiguo, una sorda rivalidad por el favor de Nerón. En presencia de Tigelino, el emperador no tenía miramiento alguno; pero Petronio le aventajaba en la argucia y en la

presencia de ánimo. Y así sucedió en aquella ocasión. Tigelino calló, limitándose á retener en la memoria los nombres de los senadores y de los cortesanos que rodeaban á Petronio cuando éste se retiró al fondo de la sala, viendo perfectamente cómo, después de lo ocurrido, Petronio había de afianzarse en el favor de César.

Petronio dejó el palacio y se dirigió á casa de Vinicio para referirle su encuentro con el emperador y su debate con Tigelino.

— No sólo, le dijo, he disipado el peligro que se cernía sobre Aulo y sobre nosotros, sino que he salvado también á Licia, que no será perseguida, porque he aconsejado á aquel imbécil que se marche á Anzio y de allí á Nápoles ó á Baia. Y lo hará, indudablemente. Sé que no se ha atrevido á presentarse públicamente en el teatro, pero se atreverá en cuanto salga de Nápoles. Su sueño dorado es Grecia, donde quiere exhibirse con su canto en las principales ciudades; y luego, adornada su cabeza con todas las coronas que los griegos le regalen, entrar triunfalmente en Roma. Con esto ganaremos tiempo para buscar á Licia con mejor libertad y podremos esconderla sin obstáculo... Pero ¿qué es de nuestro ilustre filósofo?

— El ilustre filósofo es un embrollón. No ha comparecido, ni comparecerá, estoy seguro.

— Yo he formado mejor juicio sobre sus embrollos, si no sobre su honradez. Ha sabido sacar jugo de tu bolsa: ¿por qué no ha de volver otra vez á sacarlo?

— ¡Se guardará de ello, si no quiere que sea yo quien le saque el jugo y las entrañas!

— No lo hagas, sin embargo, hasta no convencerte por completo de su engaño. No le des dinero, en modo alguno; pero prométele una generosa recompensa en cuanto pueda darte noticias exactas. ¿Y, por tu cuenta, qué piensas hacer?

— Mis dos libertos Ninfidio y Demades están ya sobre la pista con sesenta hombres. He prometido la libertad al esclavo que la encuentre. Además he enviado á muchas otras personas á los caminos que conducen á las provincias, para que se informen en todos los pueblos y caseríos. Yo mismo continúo noche y día recorriendo la ciudad con la esperanza de que la casualidad me favorezca.

— Apenas tengas noticias, ponlas en mi conocimiento, porque yo saldré para Anzio.

— No temas; lo haré así.

— Y si una mañana, al despertar, te dijeras á ti mismo: «Después de todo, no vale la pena de que sufra y me torture por una muchacha,» entonces vente también á Anzio. ¡Verás cómo no faltan allí mujeres ni diversiones!

Vinicio paseaba nervioso por la habitación. Petronio le seguía con la mirada. Después de larga pausa le dijo:

— Háblame con franqueza y no como un loco que se ha metido una idea en la cabeza y no puede pensar en ella sin montar en cólera. Háblame como un hombre sensato que se dirige á un amigo. Dime: ¿amas siempre con el mismo fervor á tu Licia?

Vinicio, parándose en firme, miró á Petronio como si no lo hubiera conocido hasta entonces y reanudó sus paseos. Era evidente que sostenía una lucha interna. Al fin, la conciencia de su triste situación, la ira, los sufrimientos, arrancaron á sus ojos fieros dos lágrimas mal reprimidas, que hablaron á Petronio con más elocuencia que todo discurso cuidadosamente preparado.

— El mundo, dijo el favorito de Nerón, no se sostiene ya sobre las espaldas de Atlante, sino sobre las espaldas de la mujer, y la mujer se divierte con él como con un balón.

— ¡Es verdad!, dijo Vinicio, confirmando la sentencia de su tío.

Iban á separarse; pero en aquel momento entró un esclavo anunciando que Quilón Quilónides esperaba en el vestíbulo y solicitaba el honor de presentarse.

Vinicio ordenó que le hiciesen entrar inmediatamente, y Petronio exclamó:

— ¿No te lo dije? No te exaltes; de lo contrario, él será quien gane.

— ¡Salud y respeto al noble tribuno y á ti, señor!, dijo Quilón al presentarse. ¡Que tu fortuna sea tan grande como tu gloria, y que tu gloria recorra el mundo desde las columnas de Hércules hasta los confines del Arsácides!

— ¡Salud, hombre sabio y virtuoso!, respondió Petronio.

Vinicio, con estudiada calma, preguntó:

— ¿Qué nuevas traes?

— Cuando vine aquí por primera vez, traje la esperanza; hoy tengo la certeza de que la joven será hallada.

— ¿Esto significa que no la has encontrado aún?

— ¡Precisamente, señor! Pero he descubierto lo que significa el dibujo que ella trazó. Sé quiénes fueron los que la libertaron, y conozco al Dios que adora y á sus sectarios, entre los cuales habrá que buscarla.

Vinicio estaba á punto de saltar de su asiento, pero Petronio le contuvo, y dirigiéndose á Quilón, añadió:

— ¡Prosigue!

— ¿Estás seguro de que ella dibujase un pez sobre la arena?

— ¡Sí!, gritó Vinicio con vehemencia.

— Entonces quiere decirse que es cristiana y que fueron cristianos los que la raptaron.

Siguió á esta declaración un momento de silencio.

— Escucha, Quilón, dijo Petronio. Mi pariente te ha señalado una considerable suma de dinero si logras descubrir el paradero de Licia, y una no menos considerable cantidad de palos si intentas engañarle. En el primer caso, podrás comprarte, no uno, sino tres escribientes; en el segundo, no te bastará, como emplasto, toda la filosofía de los siete sabios, amén de la tuya.

— La joven es cristiana, señor, exclamó el griego.

— ¡Oye, Quilón! ¡No seas estúpido! Sabemos que Julia y Calvia acusaron á Pomponia Grecina de creyente en la superstición cristiana; pero también sabemos que salió absuelta de tal acusación. ¿Te atreves tú á asegurarlo de nuevo? ¿Pretendes convencernos de que Pomponia y Licia pertenecen á la secta de los enemigos del género humano, de los envenenadores de las fuentes, de los adoradores de una cabeza de asno, de los infanticidas, de los que se entregan á las más negras depravaciones? ¡Piénsalo bien, Quilón, si no quieres que la *tesis* que has enunciado acabe con una *antítesis* sobre tus espaldas!

Quilón echó atrás los brazos, como dando á entender que no era reo de ningún engaño, y dijo:

— Señor, traduce al griego esta frase: «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.»

— ¡Ya está! ¿Y ahora?

— Junta las letras iniciales de cada palabra...

— Ιησους (1), dijo Petronio asombrado.

— ¡He aquí la palabra convencional de los cristianos!, concluyó diciendo con orgullo Quilón.

En la consecuencia del griego había algo tan convincente, que tío y sobrino no pudieron oponer argumento en contra.

(1) *Ictus*, pez. Las letras corresponden á las iniciales de Ιησους Χριστος Θεου υιος σωτηρ.

— Vinicio, ¿estás seguro de no haberte engañado?, le preguntó Petronio. ¿Era verdaderamente un pez lo que dibujó Licia?

— Pero, ¡por todos los dioses del Olimpo! ¡Hay para volverse loco! Si ella hubiese dibujado un pájaro, diría terminantemente que era un pájaro.

— ¡Pues es cristiana!, repitió Quilón.

— Entonces, dijo Petronio, hay que suponer que Pomponia y Licia envenenan las fuentes, matan á los niños que encuentran en las calles y se entregan á una vida de abyección... ¡Locura! Tú, Vinicio, estuviste bastante tiempo en su casa, y yo también las conozco lo suficiente para atreverme á afirmar que esa suposición es tan monstruosa cuanto inverosímil. Si un pez es el símbolo de los cristianos, lo que no discuto, y aquellas mujeres son realmente cristianas, es preciso decir que los secuaces del Cristo no son lo que por ahí se propala.

— Hablas como Sócrates, señor, repuso Quilón. ¿Quién ha observado nunca á un cristiano? ¿Quién ha estudiado su religión? Cuando, ahora hace tres años, vine de Nápoles (¡oh!, ¿por qué no me quedé en Nápoles?), se juntó conmigo un tal Glauco, del cual decía la gente que era un cristiano; á pesar de esto, pude convencerme de que era bueno y virtuoso.

— ¿Fué ese hombre quien te explicó el símbolo del pez?

— Desgraciadamente, señor, un desconocido lo mató á traición, y su mujer y su hijo tuvieron, por fuerza, que seguir á los mercaderes de esclavos. Al tratar de defenderle, perdí los dos dedos que me faltan; pero como los cristianos creen en los milagros, abrigo la esperanza de que me crecerán otros nuevos.

— ¿Qué dices? ¿Acaso eres cristiano tú también?

— ¡Desde ayer, señor, desde ayer! Y fué el pez el que me convirtió. ¡Ved qué misterioso poder se oculta en ese animal! Dentro de pocos días no habrá cristiano más devoto que yo; así me comunicarán todos sus secretos. ¡Una vez obtenido este resultado, la doncella será hallada! Puede ocurrir que mi cristianismo me produzca mucho más que mi filosofía. Por otra parte, he ofrecido un voto á Mercurio: le he prometido que, si me ayuda á descubrir á Licia, le sacrificaré dos terneras de igual tamaño y pelo y con los cuernos dorados.

— ¿De modo que tu reciente cristianismo y tu antigua filosofía te permiten creer en Mercurio?

— Yo creo siempre en aquello que conviene creer; esta es mi filosofía, que Mercurio debe aprobar. Desgraciadamente, ya sabéis qué clase de dios es ese Mercurio, inconstante, desconfiado... No tiene fe en las promesas de los filósofos, ni aun de los más honrados; á las promesas prefiere las terneras, y en esto estriba precisamente la dificultad. No todos son Sénecas, y yo no tengo medios suficientes para cumplir el voto. Así, pues, si el noble Vinicio quisiera anticipar algo á cuenta de la suma prometida...

— ¡Ni un óbolo siquiera, Quilón, dijo Petronio, ni un óbolo! La generosidad de Vinicio superará á todas tus esperanzas, pero sólo cuando Licia sea hallada, esto es, cuando le hayas indicado el sitio en que se refugia. Mercurio deberá fiarse de ti en lo que concierne á las terneras, aunque no me extrañaría que esto no correspondiese á sus ideas ni satisficiera sus gustos, porque conozco su manera de ver las cosas.

— Escuchadme, nobles señores: es importantísimo el descubrimiento que he hecho, porque puedo afirmar que si no he encontrado á la joven, he dado con el camino seguro para hallarla. Esclavos y libertos habéis mandado en busca suya por la ciudad y fuera de ella: ahora bien, ¿ha descubierto alguno la menor huella? ¡No! Sólo yo he podido conseguir este triunfo. ¡Y esto no basta! Entre vuestros esclavos,

sin que lo sospechéis siquiera, deben existir algunos cristianos, porque esa es una superstición que se ha difundido extensamente. Pues esos, en lugar de ayudarnos, os engañan; por lo tanto, no es prudente que me vean aquí. Procura, noble Petronio, que Eunica no hable, y tú, noble Vinicio, harás creer que yo te vendo un ungüento gracias al cual tus caballos alcanzarán en el Circo segura victoria. Yo quiero únicamente buscar y encontrar á los fugitivos. Tened confianza en mí, y sabed que lo que me entreguéis á cuenta servirá para animarme, porque pensando en el remanente, haré lo posible por cobrarlo cuanto antes. Como filósofo desprecio el dinero, por más que Séneca, Musonio y Cornuto no sean de la misma opinión, y eso que, no habiendo perdido ningún dedo en defensa del prójimo, han podido escribir solos y legar su nombre y sus obras á la posteridad. Pero, además del esclavo que quiero comprarme y de las novillas que ofrecí á Mercurio (¡y el ganado va ahora tan caro!), esa clase de pesquisas exige continuos gastos. ¡Escuchadme con paciencia! En estos últimos días los pies no querían sostenerme, cansados de andar. He visitado posadas, hornos, cárnicerías, despachos de aceite y de pescado, para conversar con gentes de todas clases. Anduve por calles y callejas, penetré en los escondrijos de los esclavos fugitivos, perdí mucho dinero jugando á la morra; estuve en los lavaderos, tendedores y cocinas populares; interpele sobre esto y aquello á los mayores, escultores, dentistas, vendedores de ungüentos; hablé con vendedores de higos secos; fui á los cementerios..., y ¿sabéis por qué? Porque el pez era mi constante preocupación y quería dibujarlo en todas partes y ante gentes diversas para mirar en los ojos de todos y oír de sus labios lo que pensaban acerca de semejante símbolo. Al principio no obtuve resultado alguno; pero un día me encontré junto á una fuente un esclavo anciano, que bebía y lloraba. Me aproximé y le pedí que me explicara la causa de su aflicción. Nos sentamos en las gradas de la cisterna y me contó que había reunido el dinero suficiente para rescatar á su hijo queridísimo, privándose de todo, y que el señor de éste, un tal Pansa, había tomado la suma que le ofreció, sin dejar libre al pobre muchacho. «¡Y por esto lloro, exclamó, y aunque siempre me conformo con la voluntad de Dios, yo, miserable pecador, no puedo contener mis lágrimas!» Como asaltado por un presentimiento, sumergí un dedo en el agua y dibujé un pez. Al verlo, dijo el anciano: «¡Toda mi esperanza está en Cristo!» Le pregunté entonces: «¿Me has reconocido por este signo? — ¡Sí, respondió, y la paz sea contigo!» Comencé luego á interrogarle, y el buen hombre me lo refirió todo. Su señor, ese Pansa, y él, liberto del gran Pansa, transportan por el Tíber las piedras á Roma, donde los esclavos y otra gente jornalera las descargan y las conducen de noche á los talleres de los constructores para no obstruir durante el día la circulación en las calles. Entre ellos hay muchos cristianos, su hijo uno de tantos; pero como ese trabajo es superior á sus fuerzas, había querido rescatarlo, sin pensar que Pansa se quedaría con el esclavo... y con el dinero. Durante su relato, el viejo esclavo lloró nuevamente, y yo también unía á las suyas mis lágrimas, que me brotaban con facilidad, pues tengo un corazón ternísimo y además los pies llagados por el excesivo caminar. También lamenté no conocer á ninguno de mis correligionarios, por haber llegado recientemente de Nápoles y no saber dónde se reunían para orar. Extrañó que los cristianos de Nápoles no me hubiesen dado documento alguno para sus hermanos de Roma; pero le dí á entender que me lo habían robado en el camino. Me citó para aquella misma noche, prometiendo presentarme á los cristianos. Oyendo esta promesa, me consideré tan feliz, que le entregué toda la suma necesaria para libertar á su hijo, con la esperanza de que el noble Vinicio me la reembolsaría luego.

— Quilón, interrumpió Petronio, en tu relato la mentira flota sobre la verdad

como el aceite sobre el agua. No puede negarse que has dado noticias importantes; afirmo que las probabilidades de encontrar á Licia han aumentado, gracias á tus esfuerzos; pero te suplico que no desluzcas con la mentira tus brillantes informaciones. ¿Cómo se llama el viejo por quien supiste que los cristianos se reconocen por el signo del pez?

— Euricio. Es un pobre infeliz, que me recordó á Glauco, aquel á quien traté de defender contra su asesino. Por esto logré conmovirme.

— Admito que le hayas encontrado y creo también que lo utilizarás cuando te convenga; pero estoy segurísimo de que no le has dado dinero, ¿me comprendes?, ¡no le has dado dinero!

— Pero, sin embargo, le ayudé en su necesidad y hablé largo rato con él de su hijo... ¡Es inútil! Nada puede ocultarse al ojo observador de Petronio. Pues bien, dinero... no le dí, ó mejor, se lo dí, pero en espíritu, ó sea, con la intención, lo cual le hubiera bastado, si hubiese sido filósofo. Pero sería muy conveniente disponer de una cantidad para realizar un acto semejante, que me granjearía las simpatías y voluntad de los cristianos, los cuales me permitirían asistir á sus reuniones, depositando en mí toda su confianza.

— ¡Eso es verdad!, observó Petronio, y debías haber procedido de este modo.

Después se dirigió á Vinicio, diciéndole:

— Ordena que se le den cinco mil sextercios, bien contados, pero sólo en espíritu, con la intención.

— Te acompañará un joven, díjole Vinicio, que llevará la suma necesaria; dirás á Euricio que aquél es tu esclavo y en su presencia entregarás al viejo el dinero en cuestión. Por haber traído noticias importantes tendrás otro tanto; ven, pues, esta noche, para tomar el esclavo y el dinero.

— ¡Eres un verdadero César!, exclamó Quilón. Permíteme que te dedique mi obra; pero permíteme, al mismo tiempo, que venga cuanto antes por el dinero, porque Euricio me dijo que todas las barcas están ahora descargadas y sólo dentro de algunos días se esperan de Ostia nuevos cargamentos. ¡La paz sea con vosotros! Así se saludan los cristianos. Quiero comprarme una esclava, ¡digo!, quiero comprarme un esclavo. Los peces se cogen con el anzuelo y los cristianos con el pez. *Pax vobiscum! Pax, pax, pax!*